

# El realismo político del primer C. B. Macpherson

José Luis Orozco  
Fac. CC. Políticas  
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

### 1. ¿POR QUÉ UN PRIMER C. B. MACPHERSON?

**A** primera vista, y de acuerdo al economicismo dominante en la filosofía política permisible hoy a los "postmodernos", pocos autores serían menos idóneos que el canadiense Crawford Brough Macpherson (1911-1987) para explicar la llamada era global. No obstante, los estragos del triunfalismo de la posguerra fría colocan ya ante circunstancias no distantes de las del período inicial del pensamiento de Macpherson que se abre desde finales de la década de los treinta y se cierra una década más tarde. Como aquellos días, los que tienen como punto oficial de partida a 1989, guardan similitudes con las devastaciones ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial, si bien con diversa intensidad y en áreas diferentes. Ante lo que entonces y ahora quedaba como la victoria incuestionable del liberalismo y la democracia y el fin de los totalitarismos nacionalistas y estatistas, el mérito del primer Macpherson reside en documentar cómo, por debajo del aparente triunfo del Estado keynesiano, la corriente renovada del capitalismo angloamericano se aprestaba para la guerra cultural enfatizando la adjetivación liberal de la democracia a manera de subsumirla en el libre ejercicio del cálculo individual. Si las expectativas principales del pensamiento político de sus días abrigan la convicción de que la convergencia con el socialismo prepara mejores síntesis de la justicia económica, Macpherson adopta a lo largo de sus primeros escritos lo que yo llamaría (y llamo) un *realismo democrático* alerta cuando la democracia y la libertad son abstraídas de todas las formas de la organización de la *propiedad capitalista*.

Resumida algunos años después, aquélla estrategia combinará los *principios del humanismo igualitario* y los *postulados del mercado* para corregir el desacoplamiento histórico provocado por un capitalismo más y más concentrado. Tratará, en otras palabras, de proseguir imbuyendo los *axiomas del mercado* en la naturaleza del hombre y la sociedad para conciliar "los dos conceptos del hombre" del *liberalismo* y la *democracia*, el uno *maximizador de ganancias*, el otro *maximizador de poderes* para el uso y desarrollo de "capacidades esencialmente humanas". Para el Macpherson maduro, el predominio del primer hombre, el liberal, significará simplemente la consagración del *poder extractivo*, proveniente del capital y la propiedad, sobre el *poder perfeccionador (developmental)* reducido a la insignificancia real. La defensa

del *poder total del hombre* conduce así a Macpherson al rechazo del ya evidente reduccionismo de mercado de la democracia en favor de "una teoría no mercantilista de la democracia" que le pone en la posición del académico extraviado en la que todavía permanece. La premisa mayor de Macpherson no despierta gran controversia: "la noción del hombre como codiciador infinito o consumidor infinito fue, en sí misma, un concepto culturalmente determinado que era necesario para poner a la empresa capitalista en acción". Es su conclusión la que, a la óptica contemporánea, lo vuelve un autor utópico, irrealista: "pero esa noción ya no es necesaria, y no tiene fundamento razonable una vez que el capitalismo ha madurado"<sup>1</sup>.

Opuesto al *realismo neoliberal* que implica "una revisión salvaje, casi una extirpación, del contenido democrático de la teoría tradicional de la democracia liberal" para ajustarla al mercado, el *realismo democrático* de Macpherson consigna primero las parodias de la "teoría empírica de la democracia" formulada por lo que llama el eje Schumpeter-Dahl y, luego, del *normativismo* que, desde la filosofía analítica, formulan John W. Chapman y John Rawls a la óptica de los contratos. "De ser una aspiración humanista, la democracia es reducida a un sistema de equilibrio de mercado", acusa Macpherson el giro impreso por Joseph Schumpeter en 1942 y Robert Dahl en 1956. "El modelo de democracia que ha sido elevado a la ortodoxia por la ciencia política americana", declara Macpherson, "es sin duda destructivo de la idea liberal-democrática original". "El eje Schumpeter-Dahl se basa en el postulado implícito de que el hombre es esencialmente un consumidor de mercancías", explica ahora Macpherson, "y parte de aquí asumiendo que cualquier teoría liberal-democrática realista y honesta trataría así a los hombres". Pero esa operación no constituye para Macpherson un mero paradigma equilibrista, ingenioso o inofensivo: a través de ella se traslada e instala en la vida política de la mecánica extractiva que impide el desarrollo moral. "Una sociedad capitalista de mercado implica necesariamente una transferencia neta de parte de los poderes de algunos hombres hacia otros", esclarece Macpherson en 1965. "La política de la opción y la sociedad de la competencia contienen, y en general ocultan, una transferencia compulsiva de poderes que representa una disminución de la esencia humana"<sup>2</sup>.

A esas premisas se ciñe el combate que libra Macpherson, más allá de Schumpeter y Dahl, contra el revisionismo liberal de John Chapman y John Rawls que documenta "la coherencia teórica y moral del liberalismo" dentro de los terrenos de la filosofía analítica, el derecho natural y, sobre todo, los principios y presupuestos de la *racionalidad económica*. Porque su horizonte último es el mismo que el de aquéllos, el de cumplir los deseos del hombre como consumidor, la cirugía normativa de Chapman y Rawls conduce para Macpherson a una escolástica contractualista donde la conciliación de los principios de la justicia y las demandas de la libertad moral terminan sujetándose a una lógica económica ajena a la democracia. Cuando la maximización de beneficios de Chapman equipara la justicia con la *soberanía del consumidor*, será imposible para Macpherson construir desde allí una sociedad liberal de mercado que detenga "la intrusión de la transferencia neta de poderes". Si ambos, Chapman y Rawls, afirman dondequiera la *arbitrariedad* (y, por tanto, la *injusticia*) de las *desigualdades*, la maraña de cláusulas y contracláusulas del neocontractualis-

mo hace concluir al primero que "cualquier intento de promover una mayor igualdad produciría injusticia" y al segundo pronunciarse en favor de contrapesar las transferencias del Estado Benefactor y los *incentivos* de la clase empresarial. Sin establecer los *límites de concentración de la riqueza* que acoten la concentración del poder, el revisionismo liberal de Rawls no fija sino retóricamente, a juicio de Macpherson, el equilibrio de las *transferencias e interferencias* del gobierno con la *eficiencia y productividad* de la economía y su racionalidad específica<sup>3</sup>.

Asomarse a las batallas de Macpherson anticipa que su lectura no será ejercicio neutral (y ni siquiera respetable) en los términos de la ciencia y la filosofía políticas hoy dominantes. ¿Quién dice, empero, que las heterodoxias deban sucumbir al dictado del *establishment* neoliberal hoy incuestionablemente dominante a escala global?

## 2. LA VICTORIA DE LA ESCOLÁSTICA NEOLIBERAL

La victoria contemporánea, teórica y práctica, de aquello que C. B. Macpherson enunciaba (y denunciaba) como la sociedad capitalista de pleno mercado invalida, al parecer de cabo a rabo, sus premisas y conclusiones formulados en el Canadá de días keynesianos. Al no someterse a la alternativa liberal triunfadora, las ideas de Macpherson, se dice, "pierden vigencia" y "son rebasadas" por una realidad política en la cual las asignaciones y compulsiones autoritarias del Estado ceden ante el nuevo contractualismo que "maximiza civilizadamente" los intereses, las capacidades y, sobre todo, los derechos de propiedad y disposición del individuo. Al rehusarse a colocar en la "órbita liberal" su versión de mercado –se censura a Macpherson– se vincula a una modalidad más del *iliberalismo* despeñado ya en el infierno de la historia. Puesto que es torno al mercado donde se forja la lealtad al liberalismo y la democracia liberados de los detritus totalitarios del Siglo XX –concluyen los críticos de Macpherson– no hay lugar en el debate político actual para sus "razonamientos ideológicos". Sólo dentro de los esquemas y diagramas maximizadores sancionados por la autoridad de la ciencia y la academia puede alentarse, se declara a lo largo del mundo académico noratlántico, un debate purificado de las viejas interferencias moralistas, racionalistas e historicistas que condujeron a las revoluciones, las crisis y los finales hundimientos de las disidencias de la izquierda o la derecha, ambas idénticas según ese juicio liberal final.

Aún en su Canadá natal y profesional, la actual atención académica que destaca las interrelaciones étnicas como el eje complementario, *comunitario*, de la nueva filosofía política lineal, hace parecer la obra de Macpherson como "anacrónica", "marginal" o de plano "remota" en cuanto concierne al análisis político contemporáneo. Al privilegiar el multiculturalismo, las perspectivas intelectuales más unitarias y universales de la "civilización global" quedan reducidas a meros "vestigios ideológicos", a simples "lugares comunes" de una explicación propia de los tiempos burocráticos del bienestarismo económico y político. Si bien ese enfoque resalta el valor de lo particular y lo local en las sociedades desarrolladas, la filosofía política dominante establece empero sus coordenadas separándolas de una historia política y económica

que, justamente, constituyó el gran terreno de trabajo de Macpherson. Alrededor de los contratos que vuelven *filosófica* y operacionalizan la teoría de los juegos, la escolástica que parte de personajes como John Rawls y Robert Nozick "deja atrás" desde hace años la crítica y el razonamiento histórico tejidos por Macpherson en torno al *individualismo posesivista* que, *percibido críticamente por él*, se instala al centro de la gran problemática filosófico-política en lengua inglesa y, más recientemente, del de las demás lenguas del mundo. Lo que Macpherson denunció como el pecado de origen de la democracia liberal es hoy, por decirlo brevemente, su virtud esencial.

¿Qué decir de nuestros países en los cuales la discusión del contractualismo político tuvo como epicentro indiscutido las visiones democráticas de Jean-Jacques Rousseau aplicadas por generaciones liberales cuyas preocupaciones fundamentales giraron en torno a la gran retórica del Estado y la soberanía popular? Donde Locke y Hobbes no fueron vistos como otra cosa que rudimentarios preparadores de Rousseau, el necontractualismo que llega de las universidades y los *think tanks* estadounidenses apenas si se vislumbra para muchos en América Latina como el artificio argumentativo para dismantelar, mediante el ilusionismo individualista, al antiguo Estado Benefactor. Para algunos cuantos, aporta cuando más un *método neutral* que permite la eficiencia distributiva y gratificadora individual y social al margen de cualquier discusión ideológica. En cualquier caso, el aval de las grandes universidades y editoriales adueñadas mundialmente del mercado intelectual vuelve casi imposible eludir su lógica civilizada y "conversacional" (Richard Rorty) si se quiere acceder al prestigio y sus retribuciones. De aquí que sean pocos los que, en nuestros medios académicos, aciertan a distinguir en el necontractualismo *una ideología total* cuyo imperativo mayor, el de la productividad, presupone una cultura del mercado cuyos dispositivos jerárquicos y autoritarios no se contentan con la mera conversión de un medio económico en un *fin político*.

A Macpherson debemos, me parece, la conciencia de que esa "penetración económica de la teoría política" no aportaba ya más una clave sustantiva y decisiva para entender el fenómeno político sino traía consigo la introducción de mecanismos para perpetuar el orden hegemónico. Más que la mera restauración de la buena mecánica comercial y contable que descontamina un debate degradado por las utopías, la vesania y los imperativos humanistas, la aplicación de los "modelos de equilibrio" de la economía sancionada por la precisión "admirable e imitable" de la ciencia portarán consigo, a juicio de Macpherson, "un desafortunado efecto secundario". El binomio del costo-beneficio y la explicación "del proceso político democrático como el *análogo político* de la economía del mercado competitivo" entraña para el Macpherson de 1974 no sólo superficialidad: abstrae, y vuelve insignificantes ni más ni menos, a las mismísimas *relaciones de poder* que ocupan a la teoría política<sup>4</sup>. Aprovechar esa crítica a la abstracción del poder y las relaciones de producción debe rechazar, al menos en los países de habla española, que Macpherson haya sido entre nosotros un simple visitante transitorio, expulsado por los vaivenes adversos del mercado editorial y académico. Su atractivo, ciertamente opacado fuera de su ámbito lingüístico y cultural por presencias tales como Antonio Gramsci, los miembros de la Escuela de Frankfurt o Louis Althusser y Nicos Poulantzas, me parece no obstante el

de un "explorador desde adentro" de una cultura política angloamericana que, pese a su "debilidad filosófica", se imponía ya desde entonces como inteligencia política global. Que Macpherson permaneciera al margen, por una parte, de los "grandes debates" en torno al Estado y, por la otra, visualizara la propiedad como el eje capital del mercado, fueron actitudes que parecieron volverlo irrelevante a uno y otro lado del espectro teórico. Si, fuera del ámbito angloamericano, sus temas parecían demasiado etnocéntricos y limitados, dentro de éste sus premisas y asociaciones valorativas parecían demasiado foráneas e ideológicamente sobrecargadas.

Si, al interior del debate democrático en lengua inglesa, Macpherson cuestionó la visión pragmática y empirista de la política, al exterior de aquél logró despertar un interés anteriormente desconocido por la historia intelectual anglosajona y su lugar crucial en el pensamiento político contemporáneo. No es de extrañar que, allá, su nombre sea suprimido por quienes exaltan al liberalismo como esencia *suprahistórica* y *heroica* y lo elevan, depurándolo de sus "excesos históricos", a virtual *superestructura ideal* del cambio social donde la génesis de las formas nacionales e internacionales de la propiedad está ausente. Convertido en entidad seca y válida por una "superioridad moral e histórica" que cancela a la propia historia y desvanece la moralidad en la economía y la tecnología, el liberalismo de la era global se expresa en versiones que omiten cualquier referencia al *juego ideológico* y *de poder angloamericano* sobre el que se sustenta todo su entramado contemporáneo. Más que la *excelencia intrínseca* del liberalismo o las "imperfecciones circunstanciales" (sobre todo las concesiones populares indebidas) que denuncia el revisionismo liberal, C. B. Macpherson ofrece el recuento de la *estructura intelectual sustancial* correspondiente a las *formas históricas* que la propiedad ha asumido en el mundo angloamericano. Más que una misteriosa *hazaña de la libertad*, la que Macpherson relata es una suerte de *odisea de la propiedad* al margen de cualquier apología dictada *a priori* por su supuesta "consonancia" con la creatividad, la productividad y el perfeccionamiento factibles para una naturaleza humana a imagen y semejanza de la entelequia del mercado.

### 3. EL ALEGATO POR LA LIBERTAD POSITIVA

Si, en un juicio sumario y final, Isaiah Berlin calificará al profesor C. B. Macpherson como "un marxista", años antes no dejaba de ver en su aplicación de "los métodos marxistas de análisis" las "raras menciones" a Marx por parte de aquél y el que jamás acudiera a las citas a diestra y siniestra del maestro. Otros autores lo juzgarán un "revisionista" del marxismo y, en general, acentuarán sus asociaciones radicales, presuntamente indebidas y marginales al pensamiento político angloamericano. Lo cierto, empero, es que Macpherson se inscribe en una tradición de crítica política que, por lo menos desde principios del Siglo XX, se vale del estudio histórico de las ideas para cuestionar el primado del individualismo adquisitivo o posesivo dentro de la corriente principal del pensamiento angloamericano. "Pasado de moda", como Macpherson, el liberalismo social enunciado en Inglaterra desde 1911 por Leonard Hobhouse (1864-1929) y continuado, entre varios, por Harold J. Laski

(1893-1950) y Richard Henry Tawney (1880-1962), será el blanco del ataque del individualismo y el "sentido del equilibrio" liberales que resurgen después de la Segunda Guerra Mundial. Discípulo de los dos últimos, Macpherson ofrece las *transformaciones de la propiedad* capitalista como la clave interpretativa de la democracia liberal que, entonces, empieza a ser despojada de toda connotación económica significativa. Ello, desde luego, provoca, sobre todo en sus años finales, el desdén de quienes le ven como portador de intrusiones ajenas al diálogo imparcial de la sociedad de mercado. Pero esa actitud no solamente proviene del economicismo liberal que le ignora casi siempre: la otra vertiente del nuevo liberalismo, la no deslumbrada por la racionalidad económica, la mejor blindada por la historia, también ajusta cuentas con Macpherson.

Sir Isaiah Berlin, agudo reseñador en 1964 de *The Political Theory of Possesive Individualism*, no descalifica simplemente esa obra clave de Macpherson. Aunque así lo parezca cuando caricaturiza la imagen de "portavoz de la burguesía" que según aquél éste adjudica a Thomas Hobbes, y por más que Berlin haga que las "exageraciones" y las "preconcepciones" de Macpherson sobre Hobbes acaben transfigurándolo en "el antecesor directo del Profesor (Friedrich) Hayek", no hay en la reseña una mera reducción al absurdo o la omisión a secas del potencial crítico del marxismo en las manos adecuadas. "Esta arma intelectual, tan ineficiente como desacreditada por el uso estúpido o mecánico de los escritorzuelos de partido", advierte Berlin, "es esgrimida con fuerza, habilidad y brillante efecto por Mr. Macpherson; en sus manos, se vuelve *genuinamente formidable*". Más que una amonestación, hay un punto de convergencia cuando Berlin sermonea a Macpherson indicándole que "la vitalidad de los clásicos brota de alguna cualidad que trasciende sus tiempos, y la validez de sus perspectivas apenas si puede deberse exclusivamente a que expresan una estructura dada de clase, incluso si las dos se hallan conectadas de hecho". El punto de ruptura vendrá cuando Berlin denuncia los usos psicológicos arbitrarios de la clase y, en torno a John Locke, rechaza, no sin dosis de mala fe, el papel de "portavoz de la apropiación capitalista ilimitada" que Macpherson parece adjudicarle nada lejos del de "el profeta de lo que Mussolini llamaría en seguida las plutodemocracias (¿o eran demoplutocracias?)". Como filósofo del *antitotalitarismo oficial* de la guerra fría, el dirigido *contra el Estado*, Berlin resiente más que nada que Macpherson introduzca en el escenario un ogro filantrópico mayor, *el del mercado* como gran factor del conflicto social, como punto de referencia del mismísimo *realismo político*. Intolerable (e impensable) para el liberalismo de Berlin, la subordinación política de los hombres al mercado que postula Macpherson acaba por anular las coincidencias sustantivas<sup>5</sup>.

Por su parte, Macpherson sabe que, a diferencia de quienes establecen de manera unilateral el primado de la racionalidad económica en la constelación de los valores liberales, la visión histórica de Berlin logra escabullirse de la tela escolástica de araña que atrapa la dialéctica de la justicia y la libertad en la especulación matemática sobre las combinaciones y concesiones del mercado. La actitud de Berlin ante la Ilustración y sus secuelas revolucionarias de más de un siglo y medio deja el campo de la *filosofía* para librar su lucha por el liberalismo en el campo mismo de las *ideas políticas* cuyo peso sobrepasa incluso al de las fuerzas históricas impersonales. Con

Maquiavelo, Berlin se percata de la incompatibilidad radical de los valores últimos; con Giambattista Vico, Berlin afronta el "milenarismo monista occidental" que, desde Platón hasta la Ilustración, exige una legalidad histórica y un conocimiento unitario y lógicamente coherente, dotado de validez universal. Querer conciliar en ese esquema, por caso, los valores últimos de la *libertad* y la *igualdad*, la *justicia* y la *compasión* o el *conocimiento* y la *felicidad*, aparece ante Berlin como un atentado contra el sentido de lo humano que se finca en el pluralismo y la heterogeneidad de los valores. De aquí el imperativo berliniano de ponerse en guardia contra el abuso de una libertad positiva que, en el nombre de la *armonía racional* y el *yo colectivo y trascendente* (el Estado o la clase), imponen a través de los doctrinarios la *libertad verdadera* que presuntamente prepara la creación de una colectividad sin fricciones.

A contracorriente de la *libertad negativa* que confiere a Berlin una condición pontificia, Macpherson habrá de desenvolver la defensa de una libertad positiva cuyas raíces no proceden en estricto rigor del marxismo. Al tono de los socialdemócratas ingleses, Macpherson concede razón al Berlin que muestra "cómo en las manos de los idealistas y todos los racionalistas extremos, esta noción de la libertad positiva puede conducirnos, y ha conducido, mediante andamios aparentemente lógicos, a negaciones monstruosas de la libertad". También en contra de un todo orgánico que dé cabida y figura a los *yos superiores* para que una *intelligentsia* o una *vanguardia* fueren al individuo a *ser libre*, Macpherson deplora que la noción de libertad negativa de Berlin, irreprochable en cuanto toca a maximizar las opciones individuales, resulte al fin "muy estrechamente concebida" y proporcione en el fondo "un concepto mecánico, inercial, de libertad, completamente apropiado sólo para una sociedad plena de mercado". No basta, así, con oponer a los reclamos aterradores de la soberanía estatal una simple *ausencia de coerción* como nota distintiva de una libertad negativa nutrida por la "tradición liberal inglesa" en contra de las interferencias del Estado y la irrupción de las clases trabajadoras. Situado para Macpherson entre quienes "toman poco en cuenta" los impedimentos y subordinaciones de clase, el Berlin que afirma que éstos "no despojan de la libertad sino de algunas condiciones de la libertad" recae, a pesar de sí mismo, en una "desafortunada revisión al liberalismo extremo de Herbert Spencer"<sup>6</sup>.

Contigua y discrepante a la vez de la vocación liberal de Berlin, la vocación democrática de Macpherson es renuente al sacrificio de algunos valores últimos, incluido el de propiedad, en aras de un *monismo represivo*. Ahora que, corrigiendo a Berlin, el "punto central sobre la libertad" sigue cifrándose en Macpherson en determinar "si las libertades que están permitidas o garantizadas por una sociedad *incrementan* o *disminuyen la libertad agregada neta impidiendo o permitiendo la extracción de la ganancia de algunos por otros*". Para evitar, en suma, "el conflicto perpetuamente inevitable" en el que desemboca el pluralismo de mercado, será necesario pulir los colmillos mismos de la libertad. "*La medida de la libertad*", asienta Macpherson, "*es la ausencia de poder extractor*". Ello presupone, desde luego, un *concepto democrático de libertad, entendido como participación en la autoridad que controla*, para neutralizar la *transferencia idealista o metafísica* que hace caer en el monismo político, por un lado, y en la exaltación de la competencia de mercado por el otro<sup>7</sup>.

La polémica (¿o el soliloquio?) que de allí en adelante, y desde antes, entabla Macpherson no sólo con Berlin sino con los clásicos del liberalismo conservador inglés contribuirá a que su imagen se desdibuje para sus comentaristas y críticos. Aunque reconozca el doctrinarismo, la coerción y la perversión a las que lleva la libertad positiva en casos como el estalinista, Macpherson se niega a que Berlin establezca que aquéllos forman parte ineludible de “la lógica de la libertad positiva”. Aún la libertad negativa de los angloamericanos, sostiene Macpherson desde sus primeros escritos, no se sustrae a la lógica de la dominación y la coerción históricamente ejemplificable por la propia Inglaterra. Que, por “políticamente descontaminado” que se declare, el liberalismo presupone todo un montaje de dominación que empieza y gira en torno al mercado, será la premisa mayor del pensamiento de Macpherson a partir de sus recensiones y artículos de juventud. Nunca marginales, pese a quienes se empeñan en ignorarlos desde la izquierda purista, los textos del joven Macpherson ilustran el realismo democrático que, después, podrá oponerse por igual a la escolástica contractualista y al “realismo empirista”. En ellos podremos rastrear, considero, tanto el aliento decisivo de su obra cuanto la complejidad de sus contradicciones irresueltas.

#### 4. LAS LECCIONES DEL REALISMO POLÍTICO

A mi manera de ver, es en los tempranos escritos de 1937 y 1941 en torno a los italianos Vilfredo Pareto y Gaetano Mosca donde Macpherson esboza ya las motivaciones y las estrategias políticas del liberalismo que se desfasa de la vieja democracia, por inusitados que aparezcan a primera vista sus ejemplos, o justamente por ello. Sin hacer explícito el omnipresente contexto librecambista de la obra de Pareto, Macpherson daba cuenta con él de cómo en aquél la trasposición de la metodología de la “ciencia natural moderna” imponía su estrategia cognoscitiva a una sociología cuyo exclusivo interés residía en determinar *cuáles son las condiciones para la dominación exitosa de los muchos por los pocos*. Omitidos Pareto y Mosca en cualquier mención del “pensamiento liberal”, vistos simplemente como conspicuos pensadores del fascismo en los medios angloamericanos, y por ello considerados marginales al desarrollo intelectual de Macpherson, la problemática que éste descubre en aquéllos no parece limitable, ni él la limita, al razonamiento fascista en cuanto tal. “¿Por qué los pocos son capaces de mantener su poder?”, se pregunta Macpherson con Pareto. “¿Por qué lo pierden cuando lo pierden?”, suscribe un interrogante universal que lo lleva, más allá de los vislumbres paretianos sobre el ascenso y la decadencia de “las civilizaciones y los imperios y las naciones”, a plantearse el de las combinaciones de la *fuerza y el consenso*, del *conservadurismo y el liberalismo* como ingredientes complementarios de todo cambio del sistema de poder y del entorno económico que lo envuelve.

A partir del elitismo liberal, me parece crucial la forma en la que Macpherson aborda la distinción paretiana entre las *acciones lógicas* que parten del cálculo económico —donde *medios y fines* son consonantes— y las *acciones no-lógicas* que parten de “instintos y sentimientos” —la zona de los residuos como los componentes primarios de las ideologías. Recíprocamente influenciados, el factor económico y el *factor psi-*

cológico convergen en la articulación del interés a partir del cual se establecen “los dos tipos de gente (*people*) en los que el mundo se divide en un estado de *oposición y conflicto constantes*”. “Y, aunque Pareto nunca saque él mismo esa conclusión”, interpreta Macpherson la última estrategia liberal del italiano, “ello significa que las acciones «lógicas» de la gente tienen una importancia tan grande, o *más grande*, que la de sus acciones «no-lógicas»”. “Y es que, en la exposición de Pareto”, explora Macpherson en las coordenadas futuras del liberalismo, “las acciones económicas son «lógicas»; son las respuestas razonadas a las posibilidades ofrecidas por el entorno económico y, ahora, se evidencia que ellas establecen el esqueleto dentro del cual operan los residuos”. Aunque Macpherson no se proponga ahondar en las motivaciones liberales profundas del fascista Pareto, su retrato de la *economización* del razonamiento sociológico consigna cómo el elitismo liberal apunta a volver inoperantes “las doctrinas del Progreso, la Libertad y la Democracia” no sólo desde la perspectiva de “la dominación por un grupo de la sociedad entera” sino desde la perspectiva de la *optimalidad económica* de los actores individuales racionales<sup>8</sup>.

Primer bosquejo de lo que luego verá Macpherson como la antinomia permanente del capitalismo, la de la *libertad económica* y la *libertad política*, la captación del “abier-to odio y desprecio” que el liberal Pareto abriga hacia la anti-economicidad del formulario doctrinal decimonónico configura, considero, un punto decisivo de partida. En Pareto, como en pocos, el liberalismo económico encuentra indispensable sacudirse, de una vez por todas, de las acepciones con las que, desde la Revolución Francesa, el Siglo XIX lastra al liberalismo como proyecto nacional productivo y expansivo. En Pareto, en consecuencia, la ruptura del cascarón ya opresivo del Estado liberal enclaustrará al mercado liberal en un Estado más rígido y absorbente y lo conducirá a una suerte de autodestrucción final. “Menos elaborada” teóricamente, la categoría de la *clase dirigente* de Gaetano Mosca aparece en 1941 para Macpherson como “sustancialmente similar” a la de las *élites* de Pareto, si bien atemperada por un mayor sentido del equilibrio político liberal. Una *fórmula política* que combina flexiblemente los “principios morales universales” impide en Mosca, a diferencia de Pareto, caer en un último monismo político. Sin alusiones directas al fascismo que declara suyos, años después de sus escritos principales, a Pareto y Mosca, Macpherson sopesa ahora en éste el valor pluralista de la *defensa jurídica* para mantener y mejorar “el nivel de cambio de la civilización” dentro de los parámetros del liberalismo aristocráticamente defendido del fin de siglo.

A través de Mosca, Macpherson atisba, al parecer sin repercusiones en su obra posterior, los modos aristocráticos que el liberalismo prepara para equilibrar la riqueza con la religión, la ciencia y la fuerza militar y calibrar sus movimientos en el *continuum* trazado entre las formas políticas de la *democracia* y la *autocracia*. Atento a las “semillas de destrucción” que el gobierno representativo lleva consigo, cuidadoso frente a todo colectivismo que, en sí y por sí, dismantela la multiplicidad de fuerzas políticas que deben frenarse y balancearse unas a otras, el Mosca de 1895 prefigura ya el escenario de la confrontación del capitalismo y el socialismo. Un Mosca que sabe desde entonces que la *justicia social perfecta* es económica y políticamente inalcanzable, también advierte la caducidad e inoperatividad económica de la *lógica*

política predominante que subsume la igualdad en la democracia. "Cualquier intento por hacer plenamente lógica la democracia, por dar vida plena a la «libertad, igualdad, fraternidad» que es la ideología básica de la democracia", interpreta Macpherson a Mosca, "tendrá como resultado la imposibilidad de cualquier democracia". En buscar, más allá del Estado propietario y su mecanicismo burocrático, las formas operativas del pluralismo político sustentado en la pluralidad patrimonial residirá, en suma, la *defensa jurídica* esencial ante la vana persecución de una supuesta *democracia real* dictada por la lógica ("su peor enemiga")<sup>9</sup>.

## 5. ANTE LA "MAREA LIBERAL DEMOCRÁTICA" DE LA POSGUERRA

¿Por qué el segundo plano, si es que alguno, en el que los analistas afines a Macpherson suelen ubicar la influencia que sobre él ejercieron los "teóricos duros" del liberalismo antisocialista? En buena medida, ello obedece tanto a su ubicación casi exclusiva en la reflexión política inglesa y, singularmente, a sus nexos colegiales y afectivos con Harold J. Laski. Vinculado a Laski desde sus días estudiantiles en Inglaterra, y a través de aquél a Richard Henry Tawney, Macpherson asume para muchos, y de entrada, la condición socialdemócrata, si no es que la del apostolado marxista. Con todo, la lectura que emprende en 1941 de los grandes textos de guerra producidos por el mundo liberal angloamericano no puede desprenderse, pienso, de un contexto más cercano al del realismo político que al del socialismo democrático. Al acudir a Pareto y Mosca, Macpherson capta los lineamientos de la estrategia antidemocrática del liberalismo y, sobre todo, la disociación de la igualdad política y la igualdad económica ya evidente en la Europa central y del sur agobiada por las contradicciones y redentorismos nacionalistas del capitalismo. Así sea para contrastar el pragmatismo dominante en los medios académicos angloamericanos, Macpherson extrae del liberalismo elitista y autoritario el ejemplo nítido de la contradicción contenida al interior de todo el capitalismo occidental.

"La democracia y la dictadura no son los contrarios estáticos que parece denotar el énfasis del autor sobre la importancia de sus diferencias", reseñaba Macpherson desde 1940 la obra del convencional académico norteamericano C. W. Smith Jr. con resonancias más realistas que empiristas o socialdemócratas. "La base de la democracia que tenemos ahora fue establecida hace dos o tres siglos por períodos de dictadura o algo muy similar a ella", continúa Macpherson su comentario acerca de *Public Opinion in a Democracy*, de Smith, "y puede requerirse otro período semejante para hacer plena nuestra democracia actual o para hacerla servir a los fines que el pueblo (people) desea". Con todo, y más que aludir a una dictadura del proletariado, Macpherson tiene en mente una suerte de *dictadura procedente del interior del propio capitalismo* y no una dictadura *proveniente de fuera del sistema*. "Que semejante dictadura sea o no requerida", plantea Macpherson, "depende presumiblemente de si los requerimientos de la economía capitalista se vuelven o no incompatibles con la expresión democrática de las demandas de las clases que el capitalismo genera"<sup>10</sup>.

Ante los reflujos del liberalismo en medio de las urgencias de la segunda guerra mundial, el inventario que Macpherson levanta al año siguiente, y ya exclusivamente de la literatura angloamericana, se propone calibrar “los límites y las posibilidades que hoy tienen las diferentes filosofías políticas”. Para hacerlo, Macpherson aprueba el estudio histórico “de las maneras en las cuales las ideas políticas se relacionan con las fuerzas sociales y económicas del cambio”. De entrada, la denuncia que Macpherson enarbola frente a los grandes autores de la época y la cultura angloamericana es la de que subordinan el análisis a la afirmación de la fe y, con ello, “usan su historia para mostrar cuan extenso y honorable linaje posee esa fe”. A George Gordon Catlin, por caso, le reprocha que su erudita *The Story of the Political Philosophers* haga de aquella historia un semillero de “inteligencias particulares, con todos sus prejuicios y peculiaridades”. Sin seguir “las influencias sociales y económicas”, al abstraer del entorno sus premisas éticas, Catlin sólo logra, a juicio de Macpherson, el “mérito dudoso” de ofrecer una *consistencia lógica* centrada meramente en “la crítica de las ideas”. Sería infructuoso esperar que, a partir de allí, pueda establecerse una *unidad* que recorra “la historia entera del pensamiento político”. Y ello vale incluso para el ambicioso y luego difundido manual de un J. P. Mayer propuesto, como el de Catlin, “en mostrar que hay una unidad intelectual y espiritual en la civilización occidental”.

Saturados de confesiones de fe que incluyen la del mismo Tawney, prologador ahora de Mayer, los textos liberales de guerra que reseña Macpherson traducen también un sentido discutible de superioridad democrática. Que Mayer establezca la premisa de que el *individualismo racionalista* de Inglaterra y Francia sea “el credo natural de la revolución burguesa y el Estado *burgués*”, parece implicar que Alemania e Italia “requirieron un credo autoritario y nacionalista donde había que construir un Estado-nación unificado antes de que pudiera construirse la economía capitalista”. Aquí, no cabe para Macpherson sino anotar, con el realismo político y no con el resurgente doctrinarismo liberal, que Inglaterra y Francia “atravesaron períodos similares en los Siglos XVI y XVII”. Al enfatizar la continua relación de las *ideas y la práctica políticas con el desarrollo económico*, el libro individual de R. H. S. Crossman apunta con mayor éxito, a juicio de Macpherson, a la *recurrencia* y la *pertinencia* —y no la *unidad* y la *lógica*— que determinan por qué un pensador, al margen de su congruencia y sus preferencias personales, difiera de otros en cuanto a su aceptación y aplicación históricas. Cuando se propone distinguir lo que Hobbes y Maquiavelo “pudieron o no pudieron hacer” de lo que “pudieron o no pudieron hacer” Locke y los Utilitaristas, Crossman apunta a un *principio relevante* que, según Macpherson, “solamente es recordado en épocas de crisis”. “Éste es el de que el poder es la primera necesidad de cualquier Estado”, escribe Macpherson. “Sólo cuando el poder del Estado está tan firmemente establecido que todos pueden darlo por supuesto”, agrega, “es que concebimos y podemos hacer que nuestra principal preocupación sea la libertad y las salvaguardias constitucionales”<sup>11</sup>.

Si, al tono de *After the Deluge* de Leonard Woolf, el interés dominante de C. B. Macpherson parece residir en captar “la corriente de las ideas y las creencias que mueven a las diferentes clases de hombres a la acción política más que en las teorías siste-

máticas de los filósofos políticos”, no hay en éste una suscripción incondicional al disperso pragmatismo de matriz norteamericana. Un Woolf que mantiene el hilo conductor de la interacción de “los intereses de clase” y la “psicología comunitaria de la democracia” le hacen ver, a través del recurso a la prensa y la correspondencia de la época, una clave interpretativa por igual distante del pragmatismo y el determinismo económico. Con todo, su realismo político le hace ver, a su vez y en un tono muy similar al del historiador Charles Beard, las maneras en las cuales la propiedad y sus detentadores pueden tender a lo largo de la sociedad *una filosofía política encubierta* a prueba de radicalismos. Al comentar antes los *principios fundamentales* que, a pesar de la presunta actitud pragmática, mantenía inalterados el pensamiento político estadounidense, Macpherson hallaba las ventajas del “pensamiento político fundamental menos sistemático” y su operatividad en sociedades donde las divisiones de clase “no eran agudas”. Sin encuadramiento constitucional rígido, los principios básicos que P. Kecskemeti afirma en relación a los Estados Unidos no quedan empero en el aire y al juicio de quien sea. Para Macpherson, será la Suprema Corte la que desarrolle allí “una filosofía política —o una serie de filosofías— centradas alrededor de la *cuestión fundamental del derecho de propiedad* para vérselas con los requerimientos de las diferentes etapas a través de las cuales ha atravesado el capitalismo Americano”<sup>12</sup>.

Pero ni siquiera los márgenes de maniobra del sistema norteamericano de poder atemperan la principal preocupación que Macpherson desliza en sus reseñas bibliográficas de 1941. Se trata de la incapacidad del liberalismo triunfante en el mundo para responder la cuestión de cómo sobrevivirán los principios del *individualismo democrático* cuando dondequiera se deshace su cimiento, el *individualismo económico*. Al precisar realistamente el individualismo económico, el criterio de propiedad de Macpherson se resiste al nuevo formalismo de la abstracta *opción individual* en la cual el ya cercano liberalismo conservador cifrará (y encajonará) la libertad. En Michael Oakeshott, figura decisiva de ese liberalismo, aquél ve acentuarse, como en el texto de Alfred Zimmern, “una brecha real en el cuerpo de la teoría democrática”. Por ingenioso que sea el antiestatismo de Oakeshott, por agudas que sean las razones que impiden en él que la democracia capte “la naturaleza y las causas de la dictadura en el mundo moderno”, no habrá concesión alguna por parte de un Macpherson que le reprocha no incluir “el análisis de las implicaciones que tiene para la democracia la estructura de la propiedad, o el lugar que ocupa el concepto de propiedad en la teoría democrática”. Aunque el rechazo de las cuestiones y los tratamientos genéticos haga deducir a Oakeshott que el “*concepto del individuo*” subordina al “*concepto de propiedad*”, una lógica doctrinaria como esa no conmueve la convicción de Macpherson sobre la prioridad teórica y práctica de la propiedad. “Y es que no sólo la génesis de la democracia sino también su presente y futuro”, insiste Macpherson, “*son inseparables del problema de las relaciones de propiedad*”<sup>13</sup>.

## 6. LOS CONTORNOS DEL REALISMO DEMOCRÁTICO

La inquietud que acompaña a Macpherson el resto de su vida académica aparece más claramente dibujada, al año siguiente, en su “The Meaning of Economic Demo-

cracy". "Ha sido lo suficientemente fácil para los pensadores democráticos", establece Macpherson en 1942, "el mostrar que entre las condiciones [para el acceso igual a los medios del desenvolvimiento propio] estaban las instituciones que desde entonces habían sido grandemente logradas en los Estados democráticos modernos". "Sin embargo", advierte Macpherson, "después que esas instituciones políticas fueron alcanzadas, o incluso antes de que fueran alcanzadas a plenitud, comenzó a volverse evidente que ellas no eran las únicas cosas necesarias para que el *fin democrático* tuviera una oportunidad de realizarse". "Y es que el *sistema económico* estaba desarrollándose de tal manera que, necesariamente, volvía menos efectiva a la democracia para realizar el fin democrático de lo que los tempranos proponentes de la democracia habían pensado que fuera". "Si contemplamos este desarrollo", asienta Macpherson, "nos encaminaremos a responder las siguientes preguntas: ¿Por qué hoy es necesario el reajuste de las relaciones económicas para proporcionar una oportunidad de que el fin democrático sea llevado a cabo? ¿Y qué clase de reajuste es más idóneo para lograr ello?"<sup>14</sup>.

Comienzo de lo que algunos verán como una larga jornada marxista, Macpherson visualiza desde 1942 cómo el capitalismo avanzado planea, ante las perspectivas del fin de la guerra mundial, la operación futura de la *libertad económica* como "sociedad de pleno mercado" en el entorno de la *libertad política* entendida como *democracia positiva*. A partir de la categoría de la sociedad adquisitiva acuñada por Richard Henry Tawney en 1920, la construcción del polo dialéctico del *individualismo posesivo* que Macpherson opone luego a la democracia adoptará más la tesitura del realismo político. La "referencia familiar" que Tawney enuncia en Inglaterra y los Estados Unidos como "la lucha entre el sentimiento humanitario y la teoría de la propiedad transmitida desde el Siglo XVIII" cobrará en Macpherson la perspectiva más radical de quien documenta una lógica patrimonial perversa cuyo adquisitivismo material no sólo empobrece "la visión del mundo" y la democracia sino crea sus propios mecanismos multiplicadores, centralizadores y protectores. Para Tawney, el nuevo conservadurismo liberal que mantiene la *visión accionaria (joint-stock)* del Estado de Locke y "la doctrina de la armonía inevitable entre los intereses privados y el Bien público" puede ser atajado y corregido por el "principio diferente" de la *función*. Para Macpherson, la propiedad da un viraje tan drástico que hace de su concentración una tendencia irreversible y vuelve indispensable fincar la teoría de la obligación política en "las asunciones del individualismo posesivo" para imponer la atomización de la siempre "ambigua sociedad civil". Ello hace que en 1962, en su trabajo clásico sobre Hobbes y Locke, Macpherson deje en suspenso (y "erizada de dificultades") la pregunta clave de "si las *relaciones reales* de la sociedad posesivista de mercado pueden abandonarse o *ser trascendidas sin abandonar las instituciones políticas liberales*"<sup>15</sup>.

Algunos años después, en 1974, la posición de Macpherson en relación a la propiedad prolonga y circunscribe las tempranas premoniciones rastreables en sus primeras lecturas realistas. "Del mismo modo que las relaciones entre los individuos y entre las clases requieren, y se *congelan en ellas*, de algunas instituciones de la *propiedad*", asentará entonces Macpherson tratando de recuperar la buena economía

política, “podemos tomar las ideas económicas para incluir las ideas acerca de las relaciones de propiedad con otros derechos y obligaciones políticos”. “Y digo **otros** derechos y obligaciones, porque la propiedad es un derecho que tiene que mantenerse políticamente”, añade con una referencia a Jeremy Bentham en torno a la construcción jurídica de la propiedad. ¿Cómo extender, y en que medida, las relaciones sociales necesarias entre las personas, esto es, como productoras, al interior de la teoría política? “Como una aproximación más cercana”, asienta Macpherson, “debemos considerar la medida en la cual se piensa que las relaciones económicas no sólo plantean los problemas sino los **requerimientos** ineludibles del sistema político”. “O, si se prefiere”, asoma la ironía de Macpherson, “la medida en la cual se piensa que (para acomodar el planteamiento tan citado de Marx), la anatomía de la sociedad política ha de ser buscada en la economía política”<sup>16</sup>.

Resumiendo sus propias ideas, el Macpherson que en 1974 conecta una vez más el pegamento productivo de la clase social con los “nuevos problemas de la estabilidad política” insiste en trascender con ella las limitaciones de la “conducta racional maximizadora”. Si, en cuanto requiere de la libertad individual para comercializar a sus sujetos, “la penetración económica de la teoría política varía con la extensión del mercado”, Macpherson propone como “hipótesis subsidiaria” que esa penetración “varía en la medida del cambio reciente y presente en las relaciones económicas reales”. La tercera hipótesis, ¿o síntesis?, habrá de ser la de que aquella penetración “varía en función del reconocimiento que los teóricos hacen de la naturaleza necesariamente explotadora o extractora de las relaciones de mercado en una sociedad dividida en propietarios y no-propietarios de la propiedad productiva material”. Hasta aquí, la introducción dialéctica, por así decirlo, de la propiedad en la teoría política no se despegaba en Macpherson del pensamiento liberal consagrado. Además de Hobbes y Adam Smith, Diderot hacía de la propiedad la *raison d’être* del Estado y estudiaba “la naturaleza explotadora de la propiedad”; Edmund Burke, por su parte, volvía la acumulación de capital el requisito *sine qua non* de la civilización sin dejar de reconocer que la explotación le era inseparable; ¿y qué decir de Hume, Bentham o James Mill, preocupados por la naturaleza contenciosa de la propiedad? Tal vez sea la cuarta hipótesis de Macpherson, o la conclusión según la cual la penetración económica de la teoría política “varía con la fuerza política de una clase explotada, directamente en la teoría socialista, inversamente en la teoría liberal”, la que ofrece mayores fallas en tanto Macpherson renuncia a lo largo de su obra a las grandes narrativas, las varas mágicas de la dialéctica o la postulación de cualquier necesidad histórica<sup>17</sup>.

Por más que desde finales de la segunda guerra mundial suscriba la buena nueva de la “regeneración de la fe” que encuentra las afinidades y continuidades de la Revolución Rusa y el marxismo con el Cristianismo y “las tradiciones de la Reforma y el Renacimiento”, la brevíssima reseña que Macpherson dedica a *Faith, Reason, and Civilization*, de Harold Laski, está lejos de representar una manifiesto o una profesión propia de fe marxista. La oportunidad que reconoce en el escrito de Laski y la admisión del “humanismo esencial de la visión marxista” tienen sólo un impacto declarativo (y amistoso), me parece, en la obra anterior y posterior de un Macpherson inmer-

so desde 1942 en las contradicciones entre la libre empresa económica y las *otras libertades usualmente descritas como democráticas* y cuya explosividad latente no resuelven ni el liberalismo ni “las filosofías políticas establecidas”. Que Macpherson urja en 1945 a los intelectuales y los académicos a reexaminar a la luz del marxismo “los fundamentos de sus creencias” no quiere decir que haya abandonado su propio compromiso académico con el estudio de *nuevas necesidades sociales* a la luz de la óptica más inclusiva de “Adam Smith y Bentham, Burke y Marx”. ¿Mero etnocentrismo, a su vez, el que ya desde entonces omite a Pareto y Mosca en los posteriores escritos de Macpherson? Quizás, si no fuera porque su adhesión desde 1942 a una *filosofía ex hypothesi* que “demanda el cambio” no sólo excluye el conservadurismo autoritario o el realismo reaccionario en los que desemboca el liberalismo en otras latitudes, sino porque es justamente en la tradición angloamericana donde se experimenta con mayores márgenes la conciliación de los principios de mercado y los del gobierno de mayoría, inconciliables de plano por las fórmulas políticas europeas<sup>18</sup>.

## 7. EL LLAMADO DE LOS CLÁSICOS

Al ubicarse en adelante dentro del ámbito en que transcurre la recomposición todavía progresiva del liberalismo, Macpherson no abandona con su borrón del fascismo la solución final del autoritarismo capitalista. Si el universo angloamericano ofrece un escenario de posibilidades combinatorias que eluden por un lado al socialismo y por el otro al fascismo, la contradicción esencial del mercado y la democracia no se resuelve en los seductores esquemas que desde entonces proponen, ¿anacrónicamente?, Friedrich von Hayek, Karl Popper y los neoliberales de la inmediata posguerra. Más que bosquejar paradigmas descontaminados de impurezas estatales, Macpherson calibra la viabilidad de las fórmulas y las instituciones políticas que circundan, alientan y obstruyen al mercado y sus intereses patrimoniales y, a partir de aquí, recupera la pertinencia contemporánea de Thomas Hobbes. Ni siquiera la tradición del Estado de Derecho y el liberalismo político compensador de la desigualdad social que parecen restaurarse dondequiera convencen a Macpherson de prescindir de un Hobbes cuya figura atrajo también a la filosofía de los fascismos. ¿Cómo insertarlo después de una guerra que declara dar fin a la pugnacidad universal hobbesiana? “Hacemos bien en temerle a Hobbes: sabe demasiado de nosotros”, asevera Macpherson en pleno 1945.

Ante quienes, como Leo Strauss, escatiman la congruencia, la estatura y hasta la modernidad de Hobbes, el “Hobbes Today” de Macpherson se adentra ahora en el “análisis irritablemente exacto no del hombre como tal, sino del hombre desde el ascenso de la sociedad burguesa”. “El postulado del dominio de los apetitos materiales competitivos”, explica el artículo, “es crucial para la teoría del Estado de Hobbes”. Por más que el rigor deductivo naturalista y matemático de la metafísica política de Hobbes sea cuestionable, para Macpherson no hay duda de su última congruencia “con la reducción de todos los hombres a la igualdad del mercado”. Lejos de las tradiciones y las *causas finales*, la sociedad de mercado que Hobbes retrata es una donde “un hombre vale lo que otros pagarán por su poder”. “El mate-

rialismo del Siglo XVII fue un materialismo mecánico que leía en el mundo natural el tipo de las relaciones que los filósofos materialistas veían en la sociedad burguesa”, establece Macpherson deslizándose en la geometría política. “La relación de los objetos materiales unos con los otros pudo ser planteada a través de leyes de fuerza mecánica”, redondea Macpherson su idea, “tal y como las relaciones de los individuos pudieron ser vistas como las relaciones entre unidades reducidas a la igualdad del mercado”<sup>19</sup>.

Con todo, una sociedad de mercado que no cuenta, como la vista por Hobbes, con los mecanismos autorreguladores del *laissez-faire* expresados en la forma de la *mano invisible* de la economía, carece de la más elemental *armonía natural* que sólo hasta el Siglo XVIII podrán adjudicarle sus filósofos. “Las ataduras sociales son reales en la sociedad capitalista, y están en gran medida determinadas por la relación de los individuos con el capital”, explica Macpherson, “pero no son tan cohesivas como las ataduras sociales de otras sociedades”. “El resultado es que, en su conjunto”, complementa Macpherson, “es necesario un Estado más poderoso para mantener una sociedad capitalista que el que se requiere para mantener una sociedad en la cual las relaciones sociales son más evidentemente personales, o más obviamente intencionales y, por lo tanto, más fácilmente comprensibles”. Si esta sociedad “puede ser mantenida en funcionamiento mediante códigos morales consuetudinarios cuya fuerza se renueva automáticamente, porque las relaciones son visibles y su valor es perceptible con rapidez”, contrasta Macpherson, “una sociedad capitalista necesita sanciones políticas más fuertes”<sup>20</sup>.

Que Hobbes aparezca postergado a la luz del nuevo liberalismo ante John Locke y la Revolución Whig que asegura ya en el Siglo XVIII el poder de la burguesía inglesa, no obsta entonces, ni obstará después, para que Macpherson sostenga la *contemporaneidad* de Hobbes cuando las nuevas relaciones de mercado de la Revolución Industrial vuelven inadecuado al Estado Whig. Aunque Isaiah Berlin dude luego irónicamente de que Hobbes “pensara acerca de la *burguesía*”, Macpherson asienta que “la perspicacia de Hobbes es más relevante para el Siglo XX de lo que fue en cualquier tiempo desde que produjo el *Leviatán*”. Y sentencia: “Los intentos modernos por ir más allá de Hobbes en el estudio de la *obligación política* deben vérselas todavía con las bases de su alegato”. Semejante tesis de 1945 sobre la pertinencia cíclica del pensamiento político no tardará en chocar pocos años después con la “perturbadora tendencia” que Macpherson detecta en la ciencia y la teoría políticas por ajustar cuentas con el convidado ya impertinente del viejo liberalismo, *la historia*. A la altura de 1948, es evidente para Macpherson la aparición de un mercado editorial propicio a las “doctrinas de la armonía trascendental” como el pilar distintivo de la sociedad libre. No se trata con ello sólo de un *repliegue a la razón* que blinda las ideas contra el *historicismo* de los marxistas y los socialistas. En los textos de Samuel Beer, Wilhelm Röpke, Arthur Holcombe y, singularmente, Leo Strauss, que Macpherson reseña en 1950, asoma ya claramente el perfil intelectual, *racional*, de la Guerra Fría.

Una “ley de la razón” enunciada por Samuel Beer en los términos imperativos de la ética y los intuitivos de la metafísica jamás logrará para Macpherson “superar” las

*discontinuidades* que arrojan la violencia histórica y los contextos nacionales y de clase retratados por el pensamiento político. Acusar la militancia y el prejuicio partidistas (sean las de "Adam Smith o Rousseau, Marx o Mill"), significa para Macpherson ignorar también que los *finés humanistas* "son mejor promovidos en *diferentes períodos por diferentes clases o naciones*". "Ni el conflicto de las teorías sociales *ni la imperfección necesaria de toda teoría*", sentencia Macpherson ante Beer, "constituyen razones suficientes para arrojarse a la intuición". Y lo mismo vale para el Röpke empeñado en construir la *civitas humana* por encima del conflicto y el desorden ocasionados a lo largo de más de un siglo por quienes degeneraron o distorsionaron la *sociedad de mercado*. Erradicar los monopolios y los colectivismos que despersonalizan al individuo no logrará nada, a juicio de Macpherson, sin remover la condición de *mercancía* que el hombre asume en la sociedad capitalista. Por lo que toca a Holcombe y su "posición kantiana" de Guerra Fría sobre los derechos universales del hombre, no queda a Macpherson sino anotar las contradicciones y arbitrariedades del idealismo pragmático que exige que la Unión Soviética muestre su "buena fe" abriendo sus fronteras y medios informativos mientras los Estados Unidos de los inicios del macartismo niegan visas de entrada a los académicos canadienses "cuyos puntos de vista políticos no satisfacen a los agentes de ese gobierno" 21.

A Strauss, Macpherson reprochará, como antes y después, la "modestia peligrosa" que, al resistirse a la noción de que "todo pensamiento humano es histórico", aísla los juicios de valor de su entorno histórico y separa las ideas del cambio social. Oponer al *contexto* del historicismo los *contrastés* del "pensamiento en cuanto tal", en este caso el de Jenofonte, no sólo consagra a "las ideas por las ideas mismas" sino inclina al nuevo liberalismo a conservar ciertos "valores deseables" del individuo y a librarse de los excesos de sus "valores indeseables". En otras palabras, ello conduce a la "nueva variedad de la historia" que, pocos años más tarde, observa enunciada por el *empirismo liberal* de Jacob L. Talmon. Libro fundamental de Guerra Fría, modelo de futuros postmodernismos y desconstrucciones, *The Origins of Totalitarian Democracy* de Talmon ofrece el espejo del Siglo XVIII para contener las inclinaciones del Estado de Bienestar y curar la morbilidad totalitaria de las "democracias populares" obsesionadas, como los jacobinos franceses, con la idea originalmente liberal del *orden natural*. A diferencia de la tradición superficial que entonces divide nitidamente a la democracia de la dictadura, la fórmula nueva de Talmon hace ver al liberalismo y el totalitarismo como procedentes de una misma tradición occidental y las polariza empíricamente por una *lógica interna* cuya mera postulación anticipa para Macpherson sus propias conclusiones valorativas.

Experimental, pragmático, inventivo y espontáneo, el empirismo liberal tiende a la libertad sin coerción; absolutista, demandante de un orden único y armonioso (y político) de las cosas; colectivista, el racionalismo totalitario subsume al individuo en los "artículos de fe popular" tal y como los interpreta una vanguardia que aprovecha las "semillas totalitarias" que brotan de los esquemas del orden natural. Así, la misión de Talmon consistirá, a juicio de Macpherson, en mostrar "cuándo y cómo la tradición humanista, racionalista e individualista se sale de los cauces del liberalismo, a manera de que podamos repararla y protegerla de errores semejantes ahora y en el futu-

ro". A la óptica de Macpherson, el singular empirismo histórico de Talmon condensa y minimiza en un mero axioma "las *circunstancias* (que) son cruciales". "¿Son o no son las exigencias de la revolución (y la intervención extranjera) suficientes para dar cuenta de la naturaleza totalitaria del jacobinismo?", pregunta Macpherson a Talmon. Sabiendo la respuesta, la del orden natural que crea en manos totalitarias "una única y exclusiva verdad", Macpherson admite allí y posteriormente los confinamientos que imponen las ideas universales y abstractas y su exacerbación en horas de crisis. Con todo, el intento por encorsetar el futuro desarrollo de la historia bajo ese peculiar empirismo que entonces aparece como anti-doctrinario y, después, como postideológico, sanciona la supresión tácita de la historia y la renuncia consecuente al entendimiento y el discernimiento verdaderos. "La debilidad de la historia empírica liberal", resume Macpherson anticipando las inminentes tendencias intelectuales, "es que *convierte a la doctrina en demonio*, y así no presta la suficiente atención a las realidades sociales que dan sustancia y dirección a los movimientos democráticos específicos"<sup>22</sup>.

## 8. CONCLUSIÓN (OBLIGADAMENTE PROVISIONAL)

¿Cómo valorar en nuestros días la contribución de C. B. Macpherson al entendimiento de la política por la vía de la historia de sus ideas? Tal vez para esa tarea convenga trazar, precisamente por sus discrepancias básicas, un paralelo entre Macpherson e Isaiah Berlin, "liberal paradigmático" de la segunda mitad del Siglo XX. La cercanía de Berlin con las élites norteamericanas de la guerra fría, ente las cuales adquiere la condición de "profeta", parecería fijar una distancia infranqueable con la reclusión académica de Macpherson. Sin embargo, me parece que sus caminos se entrecruzan más allá de la polaridad, nunca absoluta, de la libertad negativa y la libertad positiva. En términos más propios de nuestro tiempo, mientras Berlin impone una *estrategia destructora* a la historia de las ideas políticas, esto es, rescata al liberalismo de acechanzas racionalistas y estatistas, Macpherson pretende *reconstruir*, a partir de la dialéctica de las ideas y la propiedad, el cuadro realista de una hegemonía cuestionable. Ambos desconfiados de las *grandes metanarrativas*, Berlin socava y desacredita al fenómeno clave de la Ilustración; Macpherson, en cambio, mejor conocedor de los vericuetos del pensamiento angloamericano, ancla los grandes "saltos filosóficos" en la organización y legitimación históricas de la propiedad. Sin caer en el determinismo ni en el mecanicismo, serán los compromisos concretos de las clases propietarias y el desarrollo mismo del mercado capitalista los que le permitan explicar las maneras en las cuales el liberalismo y el conservadurismo se combinan o los giros que adopta el juego del derecho natural y el utilitarismo para entresacar los *principios últimos* compartidos por el viejo liberalismo de Edmund Burke y el nuevo liberalismo de John Rawls<sup>23</sup>.

El estudio de la legitimación de la propiedad permite que Macpherson deje atrás las rígidas distinciones formales entre la *esfera pública* y la *esfera privada* y se asome a las decisiones de soberanía para explicar las *influencias políticas* reales de cada modalidad patrimonial ejercidas a lo largo de los *niveles formales e informales* del

*ejercicio del poder político*. Al renunciar a la condición mecánica de *infraestructura* conferida a la propiedad, su *inserción política* contribuye en Macpherson a precisar los contornos del mercado como la categoría explicativa más funcional para el nuevo liberalismo. Sin juzgarlo un ente *extrapolítico* y, menos aún, *subpolítico*, el mercado aparece, en términos que recuerdan a Pareto, como el engendrador de una *mitología política* cuyas expectativas de *maximización* subvierten y desvían tanto a la economía como a la democracia. La dimensión histórica de las ideas y la atención a los clásicos liberales proporciona a Macpherson los elementos para denunciar la insuficiencia de fundamentar la sociedad liberal democrática en “la teoría de la maximización de utilidades del mercado”; con todo, y a imagen y semejanza del elitismo liberal, aquella dimensión no le ofrece una perspectiva recuperadora de esa democracia que defiende en 1965 no como *la igualdad aritmética del ingreso o la riqueza sino como la igualdad de oportunidad para realizar las capacidades humanas de alguien*. Desolador, el paisaje que entonces encuentra es el de las economías capitalistas avanzadas que “desde hace mucho han alcanzado la etapa en la cual las grandes empresas corporativas, o grupos de ellas, son capaces de controlar la producción total y los precios de numerosas cosas”. “En la medida en que son capaces de hacerlo”, termina Macpherson, “sus decisiones sobre producción *no están determinadas por el mercado* y no hay razón para esperar que sus decisiones contribuirán a la maximización de utilidades de uno a otro lado de la sociedad entera”<sup>24</sup>.

Ante el optimismo dogmático de la ciencia política, Macpherson acaba oponiendo lo que, al parecer, queda como el legado pesimista de la historia de las ideas políticas. Al tono de la Nueva Izquierda estadounidense, el binomio del Estado liberal y el capitalismo corporativo vuelve inoperante un “sistema más participativo” en las mismas democracias liberales de las naciones de occidente. Ni la tecnología de la computación ni la “sociedad de la abundancia” ofrecen ya otra cosa que manipulación sofisticada, la una, y la otra a la guerra como la “válvula de seguridad” del sistema. Más allá de las lecciones sobre la universalidad del pensamiento político angloamericano que administra la ciencia política, el último Macpherson no vislumbra entonces la cercanía de ningún “régimen de democracia participativa”, ni siquiera en la Checoslovaquia de 1968 o los países del Tercer Mundo donde un “humanismo marxista” y “un concepto rousseauiano de sociedad que incorpora la voluntad general” ofrecen “un sentido más poderoso de comunidad del que nosotros tenemos”. “Y, por supuesto”, asienta Macpherson, “la totalidad del camino ha sido allí recorrido a distancia de la imagen en el espejo del sistema oligopólico del mercado capitalista”. “Me refiero”, aclara Macpherson, “a la competencia oligopólica de los partidos políticos que prevalece entre nosotros y que no sólo no es muy participativa sino está recomendada por numerosos teóricos liberal-democráticos actuales como *quintaesencialmente no-participativa*”<sup>25</sup>.

Tiene razón Ettore A. Albertoni cuando, al prologar la traducción italiana de *The Life and Times of Liberal Democracy*, halla los paralelismos del pensamiento de Macpherson con el de los antiguos reseñados Vilfredo Pareto y Gaetano Mosca y, singularmente, con la visión de los partidos políticos de Roberto Michels, propulsora y al mismo tiempo desalentadora “de la democracia en la vida social”. Pocas ejemplifi-

caciones más cercanas a la *ley de hierro de la oligarquía* como la que Macpherson postula en su prefacio de finales de 1979 a la edición italiana al anotar las maneras mediante las cuales los políticos de la economía de guerra y la fascinación del enemigo eluden y trivializan toda "nueva sublevación del mundo occidental contra la proliferación de las armas nucleares". "Las fuerzas a favor y en contra de la democracia parecen desbalanceadas", replantea Macpherson a Michels, quién sabe con cuanta conciencia de la coincidencia. "El poder político de las grandes concentraciones está organizado, comparativamente, de manera sencilla: crece automáticamente con el incremento del capital y, por su naturaleza, estas grandes concentraciones son impulsadas a la expansión", actualiza ahora Macpherson. "El cambio requerido en la conciencia colectiva", contrasta Macpherson, "resulta menos simplemente organizable desde el punto de vista político: *se incrementa solamente de manera discontinua*, en respuesta a los aguijonazos de la crisis, y las personas que poseen esta conciencia son conducidas al estancamiento cuando se percatan, año tras año, de que el gobierno ofrece una respuesta bastante mezquina a sus peticiones"<sup>26</sup>.

Confrontada a la *filosofía* y a la *ciencia* como maneras de ver la política, la historia de las ideas parece no ofrecer otra disyuntiva que la de acudir al realismo último. Sacudidora de las grandes y suaves certezas ideales y normativas, la posición que adopta C. B. Macpherson de principio a fin podría arrojar, como arroja superficialmente, un saldo de desesperanza que hermana por igual a todos los que no fincan su *individualidad y libertad* en el hecho de *ser dueños*. Pero el cuestionamiento de Macpherson al modelo de la democracia liberal angloamericana no tiene un sentido tan restringido. Pretende provocar, por el contrario, al examen de las razones del desfaseamiento entre liberalismo y democracia que no es exclusivo ni es reciente en la civilización angloamericana, como lo pretenden sus altos círculos de poder y saber cuando llegan a admitirlo. Que la historia de las ideas políticas desmienta en C. B. Macpherson la pretendida universalidad sustancial de la democracia angloamericana desde el interior de sí misma contribuye, creo, a oxigenar un debate cuyos cabos aún sueltos han sido atados unilateralmente por los grandes gerentes generales de la democracia global.

## NOTAS:

<sup>1</sup> C. B. Macpherson, "Problems of a Non-market Theory of Democracy", Ensayo III de *Democratic Theory. Essays in retrieval*, Oxford University Press, Oxford, 1973, pp. 39-43, 49 y 61.

<sup>2</sup> Cfr., de C. B. Macpherson, "Revisionist Liberalism", Ensayo IV de *Ibid.*, pp. 78-80, y *The Real World of Democracy* (1965), Oxford University Press, Oxford, 1966, pp. 49-50.

<sup>3</sup> *Political Theory*, pp. 80-94.

<sup>4</sup> C. B. Macpherson, "The Economic Penetration of Political Theory: Some Hypotheses" (ponencia del 19 de abril de 1974), *Journal of the History of Ideas*, XXXIX, 1978, p. 102.

<sup>5</sup> Sir Isaiah Berlin, "Hobbes, Locke and Professor Macpherson", *Political Quarterly*, 35, 1964, esp. pp. 445-446, 449 y 458-468. Sobre el calificativo de "marxista" sin matices dado por Berlin a Macpherson, ver Ramin Jahanbegloo, *Conversations with Isaiah Berlin* (1991), Phoenix, Londres, 1992, esp. pp. 61 y ss.

<sup>6</sup> C. B. Macpherson, "Berlin's Division of Liberty", Ensayo V de *Democratic Theory*, pp. 97, 100-102 y 105.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 108-118.

<sup>8</sup> C. B. Macpherson, "Pareto's "General Sociology": The Problem of Method in the Social Sciences", *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, III, 1937, esp. pp. 465-468.

<sup>9</sup> C. B. Macpherson, "The Ruling Class", *Reseña de los Elementi di Scienza Politica* de Gaetano Mosca, trad. de Hannah Kahn e introd.. de Arthur Livingston, *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, VII, 1941, pp. 95 y ss., esp. 97 y 99.

<sup>10</sup> C. B. Macpherson, *Reseña de Public Opinión in a Democracy*, de C. W. Smith, en *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, VI, 1940, pp. 116-117.

<sup>11</sup> C. B. Macpherson, "The History of Political Ideas", *Reseña de The Story of the Political Philosophers*, de George G. Catlin, *Political Thought: The European Tradition*, de J. P. Mayer, *Government and the Governed: A History of Political Ideas and Political Practice*, de R. H. S. Crossman, *After the Deluge: A Study of Communal Psychology*, de Leonard Woolf, *Science and Politics in the Ancient World*, de Benjamin Farrington, *Modern Political Doctrines*, comp. por Sir Alfred Zimmern, y *Social and Political Doctrines of Contemporary Europe*, de Michael Joseph Oakeshott, *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, VII, pp. 568-570.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 568 y 569-574.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 576-577.

<sup>14</sup> C. B. Macpherson, "The Meaning of Economic Democracy", *University of Toronto Quarterly*, XI, 1942, pp. 403 y ss.

<sup>15</sup> Cfr. R. H. Tawney, *The Acquisitive Society* (1920), Harcourt, Brace & World, Inc., Nueva York, 1948, esp. pp. 21, 28 y 180-184, y C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism. Hobbes to Locke* (1962), Londres, Oxford y Nueva York, 1967, esp. pp. 263-277.

<sup>16</sup> C. B. Macpherson, "The Economic Penetration of Political Theory", esp. p. 103.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 104-118.

<sup>18</sup> Cfr., de C. B. Macpherson, *Reseña de Faith, Reason, and Civilization: An Essay in Historical Analysis* (1944), de Harold J. Laski, *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, XI, 1945, pp. 310-313, y "The Position of Political Science", *Culture*, III, pp. 452 y ss., esp. p. 457.

<sup>19</sup> C. B. Macpherson, "Hobbes's Bourgeois Man" ("Hobbes Today", 1945), *Ensayo XIV de Democratic Theory*, pp. 239-247.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 249.

<sup>21</sup> C. B. Macpherson, "A Disturbing Tendency in Political Science", *Reseña de The City of Reason*, de Samuel H. Beer, *Civitas Humana: A Humane Order of Society*, de Wilhelm Röpke, *Human Rights in the Modern World*, de Arthur N. Holcombe, y *On Tyranny: An Interpretation of Xenophon's Hiero*, de Leo Strauss, *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, XVI, 1950, pp. 98-104.

<sup>22</sup> C. B. Macpherson, *Reseña de The Origins of Totalitarian Democracy*, de J. L. Talmon, *Past and Present*, II, Noviembre de 1952, pp. 55-57.

<sup>23</sup> Ver, al respecto y en general, C. B. Macpherson, *Burke* (1980), Alianza Editorial, Madrid, 1984.

<sup>24</sup> C. B. Macpherson, *The Real World of Democracy*, pp. 47 y 52.

<sup>25</sup> C. B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, esp. pp. 93 y 98.

<sup>26</sup> Ver tanto la Introducción de Ettore A. Albertoni como el Prefacio de C. B. Macpherson a la edición italiana de *La Vita e i Tempi della Democrazia Liberale*, Il Saggiatore, Milán, 1980, pp. VII-XVIII y XX-XXI, respectivamente.